

La potencia de una forma sin forma

*Israel Covarrubias**

El modelo clásico de la política supone una división entre lo que debe aparecer en público a la mirada de todos (*polis*), y lo que debe ser reservado al mundo privado, oculto a la vista pública (*oikos*). Ambas son fórmulas que se han usado por siglos para sostener la relación problemática implicada en el nacimiento y desarrollo de la vida en común, ejerciendo un poder de minorización y jerarquización que determina, entre muchas otras cosas, el rol políticamente asignado a los géneros: la vida pública es eminentemente masculina, y la vida privada femenina; el hombre se ocupa de los asuntos de la ciudad, la mujer de la administración de la casa.

* Doctor en Ciencia Política por la Universidad de Florencia, Italia. Profesor investigador de tiempo completo en la Facultad de Derecho de la Universidad Autónoma de Querétaro. Miembro del SNI (nivel 2). Correo electrónico: israel.covarrubias@uaq.mx. ORCID: 0000-0001-6264-0204.

También inventa las fronteras sociales entre lo visible y lo invisible, es decir, entre quien sí puede ser ciudadano y quién está fuera del espacio político, en una concepción “arriba-abajo” de lo político: quien está en el vértice, domina, quién se encuentra en su base, obedece. Por lo demás, regula las pautas de comportamiento mediante un trabajo cotidiano de ortopedia social. Así pues, por ejemplo, lo cómico es el destino natural del vulgo, la seriedad es un atributo de los detentadores del poder. Además, distribuye la riqueza material y espiritual entre los elegidos, incluida la Iglesia y el clero, y los infieles cuyo destino es el infierno en la tierra.

Sin embargo, hoy este modelo cederá su lugar a un proceso histórico donde lo privado constará su fuerza política, develado a través de las potencias humanas inmanentes que no pueden ser alejadas de la apropiación de lo público, donde la política ya no logra adherirse a una concepción tersa, masculina y ordenada de la vida en sociedad: el orden no es sucesor de caos, ni este es el momento anterior a la lógica de las inversiones institucionales. En realidad, lo que aparece es la conjunción simultánea de la creación y la destrucción, en un juego diferencial de fuerzas inagotable entre “la embriaguez del sufrimiento y el bello sueño”, entre medida apolínea y desmesura dionisiaca (Nietzsche, 2004: 254).

En esta encrucijada es donde un debate sobre la diferencia entre poder masculino y poder femenino se vuelve necesario, sobre todo respecto a discutir las asimetrías existentes entre mujeres y hombres en el universo digital, auténtica ágora de los que no logran hacerse escuchar en el campo de la vida pública democrática. El nacimiento del poder de las y los que no tienen poder se nos presenta como blasfemia, sobre todo cuando lo ejerce indirectamente frente al rostro de los poderosos, en un movimiento de abajo hacia arriba que permite el nacimiento de nuevas formas de expresión que aún no logran concretizarse del todo. En esa forma sin forma es donde el porvenir de la democracia tiene hoy una de sus tareas más relevantes.